

Eugenio del Río

El otro Paul Valéry. Un pensador crítico

(11 de junio de 2019).

La emisora francesa France Inter dedicó el año pasado una serie de programas a Paul Valéry (1871-1945). Régis Debray fue el encargado de desgranar las diversas facetas de su personalidad y de su pensamiento.

Casi al mismo tiempo salió a la luz en España una nueva edición de *Monsieur Teste* (Barcelona: Piel de Zapa, 2018), que se suma a la anterior de La Balsa de Medusa (Madrid, 1999). Se trata de una obra *sui generis*, difícil de clasificar, por cuyas páginas deambula un *antihéroe fantasmagórico*, en las palabras de Debray, también inclasificable, intelectual de rasgos matemáticos, puros, obsesionado como su creador por la exactitud del pensamiento. Este Mr. Teste aparece y desaparece en sus textos, desde que hizo acto de presencia por primera vez en *La soirée de Mr. Teste*, en 1896.

Monsieur Teste (entre la cabeza, *tête*, de la lengua francesa y la italiana *testa*) es uno de los caminos posibles para aproximarse al autor, ampliamente reconocido como uno de los poetas más brillantes del Siglo XX francés, si no el que más, pero que fue al mismo tiempo un intelectual original, un *filósofo invisible* y *antifilósofo* (así se definió, echando mano del léxico dadaísta, en sus cartas y en sus *Cahiers*, 1894-1945), un talante inconformista, libre e independiente, cuyo eco sigue resonando hoy.

No se hallará en estas líneas una consideración sistemática de su obra. Quien desee encontrarla podrá hacerlo en numerosos trabajos, entre los que recomiendo: Karl Löwith, *Paul Valéry: rasgos centrales de su pensamiento filosófico* (Buenos Aires: Katz, 2009); Denis Bertholet, *Paul Valéry*, París: Plon, 1995; y AA.VV., *Paul Valéry contemporain* (Saint-Clément-de-Rivière: Editions Fata Morgana/Musée Paul Valéry, 2013). En este último libro se recogen las intervenciones en las Jornadas Paul Valéry que tuvieron lugar en el Museo Paul Valéry de su ciudad natal, Sète, en septiembre de 2012. Acerca de la *vertiente anti-filosófica* de Valéry es muy esclarecedor el artículo “La philosophie d’un antiphilosophé” (en *Essais IV*, Marseille: Agone, 2004), de Jacques Bouveresse, quien situó a Valéry entre sus autores predilectos, junto a Karl Kraus, Robert Musil y Wittgenstein.

Valéry ofrece rostros variados. Cada cual puede inclinarse por el que más aprecie.

Mi propósito en esta ocasión es muy limitado: solamente deseo evocar algunos de los aspectos del pensamiento de Valéry que me parecen más valiosos y de los que, en todo caso, me siento más cercano.

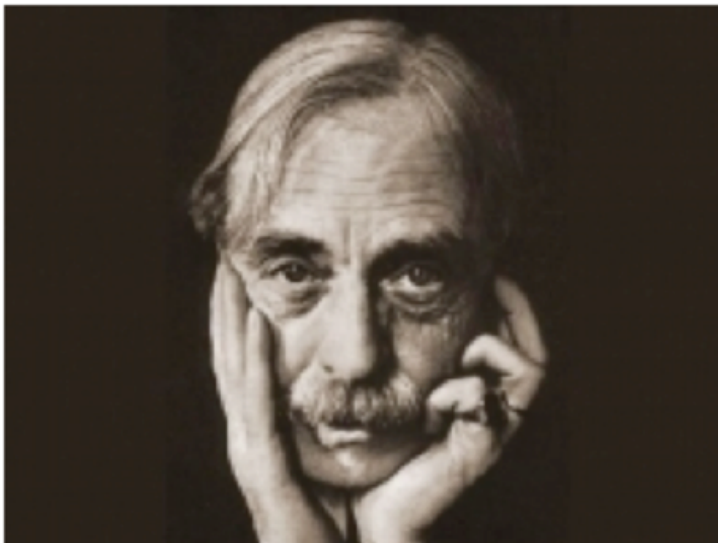
Mi Paul Valéry incluye, por supuesto, al poeta definitivamente reconocido de *La jeune Parque*, 1917, o de *Le cimetière marin*, 1920, pero desde hace bastantes años estoy volviendo la vista hacia *otros Valérys* que han alcanzado menor audiencia.

Me atrae el escritor consciente de los límites de las carreras literarias: «Toda novedad se disuelve a su vez en novedades. Toda ilusión de ser original se desvanece. El alma se entristece y se imagina, con un dolor muy particular mezclado de piedad muy profunda e irónica, a esos millones de seres armados de plumas, a esos

innumerables agentes del espíritu, cada uno de los cuales se sintió en su momento como un creador independiente, causa primera y dueño de una clara certeza, fuente única y del todo incomparable, y que ahora, después de haber vivido en forma tan laboriosa y de haber consumido sus mejores horas para distinguirse eternamente, se encuentra degradado por el número, perdido en la multitud siempre creciente de sus semejantes» (Intervención en la Académie Française al ocupar la vacante dejada por Anatole France en 1927; recogido por Walter Benjamin en “Paul Valéry con ocasión de su sexagésimo aniversario”, 1931).

Hay un Valéry explorador lúcido del mundo real, sabedor del carácter contingente de las realidades humanas. Es el que, al poco de terminar la Primera Guerra europea, escribe en 1919 *La crisis del espíritu*, donde habla del *carácter mortal de las civilizaciones* –en medio de un desorden universal de imágenes y preguntas –, de los «imperios hundidos con todos sus hombres y todos sus artefactos; descendidos al fondo inexplorable de los siglos con sus dioses y sus leyes, sus academias y sus ciencias puras y aplicadas, sus gramáticas, sus diccionarios, sus clásicos, sus románticos y sus simbolistas, sus críticos y los críticos de sus críticos».

La ambivalencia extiende su pesado manto sobre las obras humanas. Con la mente polarizada por la guerra recién finalizada, concluye que «No ha bastado a nuestra generación con aprender por su propia experiencia cómo las cosas más bellas y más antiguas, las más formidables y las mejor ordenadas son percederas por accidente; ha visto, en el plano del pensamiento, del sentido común y del sentimiento, cómo se producían fenómenos extraordinarios, realizaciones paradójicas bruscas, decepciones brutales.



»No citaré más que un ejemplo: las grandes virtudes de los pueblos alemanes han engendrado más males que los vicios que ha creado nunca la ociosidad. Hemos visto con nuestros propios ojos cómo el trabajo concienzudo, la instrucción más sólida, la disciplina y la aplicación más serias se adaptaban a designios espantosos.

»Tantos horrores no habrían sido posibles sin otras tantas virtudes. Ha

hecho falta, sin duda, mucha ciencia para matar a tanta gente, destruir tantos bienes, demoler tantas ciudades en tan poco tiempo. ¿Sois entonces sospechosos el Saber y el Deber?». (*La crisis del espíritu*, 1919).

Hoy se habla abundantemente de *pensamiento crítico*, convertido en un cajón de sastre en el que cabe una fauna de lo más variopinta. No obstante, figura con frecuencia en un lugar secundario el *sentido crítico hacia el pensamiento mismo*. Valéry, por su parte, hizo un asunto central del *pensar sobre el pensar*.

Karl Löwit advirtió justamente en el libro mencionado que «...Fue principalmente por los *Cahiers* como me quedó claro que el poeta y escritor Valéry es un pensador, y que es un pensador absolutamente libre, absolutamente independiente de todas las tradiciones arraigadas y convertidas en convenciones. (...) La ambición apasionada de su espíritu imaginativo y radical era alcanzar el máximo de conciencia posible de “lo que es”».

Expuso sus exigencias intelectuales en numerosos textos. Se manifestó a favor de «escribir lo más sólidamente y lo más exactamente que sea posible». (...) «Cambiaría muchas obras poco reflexionadas por una página bien gobernada». (...) Adoraba «la precisión, confusa pero apasionadamente...». No creía «en el poder del delirio, en la necesidad de la ignorancia, en los destellos del absurdo». (...) «El espíritu nos transmite desvergonzadamente un millón de tonterías por cada buena idea que nos suministra». (...) En conexión con los pragmatistas norteamericanos, sostuvo que el valor de las ideas «viene de su encuentro con nuestras necesidades, y del uso reflexivo que hagamos de ellas, es decir, del concurso del ser humano entero» (*Introduction a la méthode de Léonard de Vinci*, 2ª ed. 1919).

Se alzó contra la *superstición del intelecto*. Y mostró un infatigable «desdén por el ilusionismo y los artificios». Subrayó elogiosamente que Mr. Taste, su *alter ego* ocasional, no decía nada que fuera vaporoso (si bien pensaba que «las sociedades reposan sobre *cosas vagas*»). Ironizó sobre la pretensión de tomar una metáfora por una demostración o un vómito de palabras por un torrente de conocimientos.

Se interesó vivamente por la alteridad intrínseca que habita en cada ser humano. «A veces quien toma la palabra es ALGÚN UNO enteramente extraño al cuerpo y a la sensibilidad, a los intereses de UNO MISMO», le hace decir a Mr. Teste. En los *Cahiers* alude a una larga noche tormentosa, que fue para él una noche en blanco, en la que se batió consigo mismo. «Estoy entre yo y yo. (...) Por la mañana me siento OTRO. Pero –sentirse OTRO– puede no durar mucho, ya sea porque uno vuelva a transformarse en lo que era y el anterior venza, ya sea porque el hombre nuevo absorba al anterior y lo aniquile».

«En su extraño cerebro, en el que la filosofía cuenta con poco crédito, y en el que el lenguaje está siempre en el banquillo de los acusados, apenas hay pensamientos que no estén acompañados por una sensación de provisionalidad» (Bertholet, op. cit.).

El pensamiento, en Valéry, vive permanentemente en el desasosiego de la lucha contra él mismo porque «nuestras mayores luces están mezcladas con las mayores posibilidades de cometer errores; la media de nuestros pensamientos es, en cierto modo, insignificante». (...) Somos un peligroso enemigo de nosotros mismos.

Los males del pensamiento nacen de nosotros. Toda precaución es poca. «Hay que entrar a uno mismo armado hasta los dientes», según una frase que pone en boca de su criatura, Mr. Teste. Cuántos errores se evitarían si se tomara en serio este consejo.

Valéry mantuvo con Descartes una relación selectiva. El valor que le atribuyó no estaba, como señala Löwitz, ni en su física ni en su metafísica, sino, como asevera el propio Valéry, en pensar «sin volverse hacia ningún pasado, sin deferencia hacia ninguna tradición, empeñarse en la lucha que será la de su voluntad de claridad y de organización del conocimiento contra lo incierto, lo accidental, lo confuso y lo

inconsecuente, que son los atributos más probables de la mayor parte de nuestros pensamientos».

En la certera apreciación de Löwitz, hizo suyo «...El punto de partida cartesiano de “pensar el pensamiento” y de la “conciencia consciente”».

Tomando pie en Descartes esbozó algunos de sus principios intelectuales: «La brusca abolición de todos los privilegios de la autoridad, la declaración de nulidad de toda enseñanza tradicional, la institución del nuevo poder interior fundado en la evidencia, la duda, el “buen sentido”, la observación de los hechos, la construcción rigurosa de los razonamientos...» (*Una visión de Descartes*, 1937). Y el anhelo de exactitud, inspirado por *la más bella de las ciencias*, las matemáticas.

Aunque ayudó a despegar al surrealismo –fue él quien sugirió a André Breton el nombre, *Litterature*, de la revista fundada en 1919– no se dejó atrapar por el irracionalismo que caracterizó a la corriente que había de tener tan amplia influencia.

Su mirada sobre Europa no escapó a cierto eurocentrismo cuando soñó que *llegara a ser lo que parece*: «La parte preciosa del universo terrestre, la perla de la esfera, el cerebro de un vasto cuerpo». Pero, al mismo tiempo, postuló que «la desigualdad que durante tanto tiempo ha beneficiado a Europa debería *por sus propios efectos* mutarse en desigualdad en el sentido contrario». Y creyó percibir que ese movimiento ya estaba produciéndose: «La desigualdad que existía entre las regiones del mundo desde el punto de vista de los recursos mecánicos, de las ciencias aplicadas, de los medios científicos para la guerra o para la paz –desigualdad en la que se basaba el predominio europeo– tiende a desaparecer gradualmente» (*La crisis del espíritu*, 1919).

Mirando por encima de las fronteras, defendió un acercamiento de los pueblos europeos a través de la cultura, y abogó por una federación europea, lo que le granjeó el odio de la fascista Action Française, que le tildó despectivamente de *franco-alemán*.

La vida política no salió indemne frente a su lúcido sentido crítico. Los políticos –escribió generalizando un tanto abusivamente pero con cierto tino– se ven dominados por la «voluntad de conquista y de conservación del poder, lo que reclama una acción de coerción o de ilusión sobre las mentes, que son la materia de todo poder» (*La crisis del espíritu*, 1919). La política –sentenció irónicamente– es «el arte de impedir que la gente se entrometa en lo que le atañe».

Todo esto forma parte del Paul Valéry menos conocido pero no menos sugerente que el deslumbrante poeta.

Quién pudiera decir, como él en sus últimos días, en 1945: «Al fin y al cabo, he hecho lo que he podido».